

## Cuentos del paraíso de las islas

08

### 07 Los hijos del agobio

[emilio.sola@cedcs.eu](mailto:emilio.sola@cedcs.eu)

Colección: E-libro: El paraíso de las islas

Fecha de Publicación: 05/03/2023

Número de páginas: 26

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



#### Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

[www.cedcs.eu](http://www.cedcs.eu)  
[info@cedcs.org](mailto:info@cedcs.org)

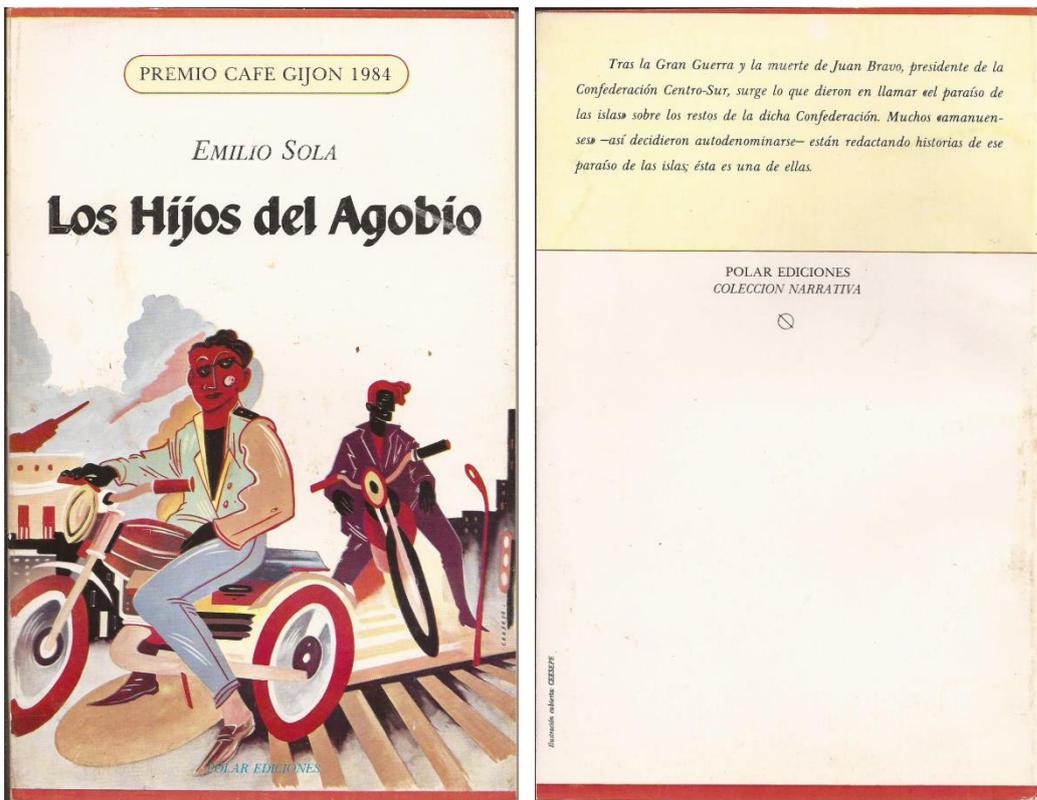
# Cuentos del paraíso de las islas

08

## 07 Los hijos del agobio

“Los hijos del agobio” fueron publicados en 1984 por la editorial Polar de Madrid, al ganar el premio Café Gijón de novela corta de ese año. Su tiempo literario es algo inconcreto, tal vez en torno a la muerte de Gina Manfredi en el año 9 después de la gran guerra y de la muerte de Juan Bravo o JB, según la datación adoptada por el llamado “Paraíso de las islas”. Como siempre, es relato de un amanuense anónimo y su original procede de la llamada Biblioteca de don Borondón o de Naranjal. Se fragmentará en 7 entregas, una por cada capítulo del relato, más otra con el final, con una nota del amanuense que redactó la historia; años después de su redacción, algunos investigadores creyeron que el redactor podría ser uno de los personajes mismos de la historia, el Yoniyón:

8-1, 8-2, 8-3, 8-4, 8-5, 8-6, 8-7 y 8-8



## CAPITULO VII

El niño Niñato, a pesar de su juventud, era un tipo de gran lucidez y coherencia apabullante. De familia obrera pobre, padre combativo del sector del metal, había dejado escuela y posibilidad de formación a los doce años, su casa y barrio realidad imponente inesquivable. De su padre, sindicalista de verbo arrollador, había aprendido pocas pero claras verdades que intuitivamente había interpretado a su manera. Con el Roqui y J. L. Recio planeó viaje y tras un año de ahorros heroicos de dinero de muy diversa procedencia —incluso tres meses de trabajo en un taller de fundición que hicieron a su padre alardear ufano de «de tal palo tal astilla»—, se abrió de su casa en el día convenido con sus colegas tras apropiarse de lo equivalente a tres meses de salario paterno —que guardaba para entrada de un tele-video en color con el que tanto había soñado— y después de dejarle a los papis una elocuente cartita en el cajón de la mesilla de noche del dormitorio conyugal, más o menos así: «Padre José y madre María: desde hoy os libero de las preocupaciones y gastos de mi educación y mantenimiento. No quiero ser obrero como tú, padre José, y además me jode que hayáis jodido para tenerme a mí sin haber pensado que no podía ser el príncipe Felipe, al menos en mi juventud, guapo y con pasta. Por eso, y en venganza, te tomo ese dinero que tenías en el armario para el vídeo; sé que, sin mí en casa, no te cos-

tará mucho reunirlo de nuevo. No me busquéis, por mí o nuestro bien, por el vuestro. Padre José: cómprale a madre María galletas para el desayuno; le gustan mucho. Sabréis de mí si me van las cosas bien. Si no, olvidadme. Abrazos de Pepito el Niñato».

La tal carta de Niñato a sus viejos había sido muy celebrada por todos los colegas que habían conocido el texto y se sentían los agobiados muy identificados con todo lo que en ella tan someramente se apuntaba. Había sido J. L. Recio el verdadero creador de las fórmulas básicas de la tal, salvo lo de las galletas que había salido íntegro del coco de Niñato, y con su letra conservaban el borrador –peor letra o menos legible la del Recio del borrador que la del Niñato de la carta definitiva que quedara en casa de su padre, pero se podía leer con facilidad– que mimaban como pequeño tesoro o manifiesto apuntado de la mini-basca. Incluso a Mata Maxa le había gustado el papelín, cuando en una acampada al atardecer se lo habían leído, y había sido una de las pocas manifestaciones niñatiles que le habían comunicado confianza y que parecía estar en contradicción con la manera irresponsable y bronca habitual del estilo de los dichos. En fin.

La figura del Niñato, larguirucho y un poco desgarbado, tez pálida y tono general castaño claro, contrastaba con la de su compañero de máquina y mejor colega, J. L. Recio –a quien llamaba J. L. con frecuencia pero a quien, al hablar con terceras personas, siempre decía «el Recio»–, cuerpo de envergadura –aunque menos fuerte que Goliat y menos seboso que el Tetas–, grande de esqueleto y fuerte de cachas, oscuro de piel, cabello –muy corto, gustaba el corte militar– y ojos. Vestían, sin embargo, prácticamente igual: pantalón negro y botos, camisas rojas o amarillas o verdes, cazadora de cuero y correaes con remaches metálicos, macuto ligero pero justo.

Dos semanas antes de iniciado el viaje se habían producido en la ciudad del interior las conexiones básicas para la formación del grupo que había de llegar –con la pérdida irreparable de Colocado como único y dramático contratiem-

po importante— hasta la zona del chiringuito de Eulogio. En un local de la calle de la Libertad, en la dicha ciudad del interior, había habido hacía muchísimos años un bar al que llamaban la Vaquería de la calle de la Libertad, famoso en tiempos por su música, precios bajos y broncas o fiestas espectaculares, y que un día, hacía también muchos años, dos grupos que entonces decían fachas —en concreto «dos guerrilleros de dios» y las «fuerzas armadas para la defensa de la moral wikinga»— habían destruído totalmente con kilo y medio de goma-2; pues bien, viejos vaqueros de aquellos tiempos con los años habían adquirido de nuevo el susodicho local y habían abierto un cafetín moro con buena música roquera antigua, abundantes narguiles y sencillos espectáculos de recitales de poetas y cantautores y debates o narraciones de historias; los viejos vaqueros eran por sí mismos un número divertido, ancianos de pintas extravagantes, antiguos jipis, artistas y delincuentes ilustrados, y entre los hijos del agobio se había extendido la moda de ir de visita al cafetín moro, ex-Vaquería de la calle de la Libertad, para cachondearse de la carrocería y, con el tiempo, también para escuchar historias —si el ambiente era propicio, que no siempre sucedía así— de la prehistoria familiar ciudadana.

Aquella noche, dos semanas antes del viaje del grupo de marras aún no perfilado por entonces, habían coincidido en el cafetín moro los tres niños, el Tetas y el Chapa y Colocado y Tutankamon, algo más mayores que ellos pero en la misma onda dura. Habían invitado los viejos vaqueros aquella noche a dos ancianitos de la gran ciudad costera y portuaria, la ciudad de las Ramblas, llamados Nazario y Ocaña, viejas glorias de todas las artes desde hacía tres cuartos de siglo, que habían dado varias vueltas al mundo como pintores y tonadilleros, además de en el celuloide. Eran los dos viejísimas carrozas pareja inseparable del espectáculo desde hacía medio siglo y de Ocaña se decía que había muerto tres veces pero que cada vez resucitaba al tercer día con el «cutis restaurado», como él decía; no se sabía a ciencia cierta a qué respondía aquello —este amanuense lo recoge porque se de-

cía-, pero Nazario así lo afirmaba en cada presentación. Los tres niños estaban allí por casualidad; Colocado y el Tuta porque eran amigos de uno de los viejos vaqueros, Fifo Laje, que había sido en sus tiempos jóvenes el mejor bailarín de la noche de la gran ciudad del interior y les había asegurado que el numerito de la pareja Nazario-Ocaña era uno de los más divertidos y descabellados que se podían ver por entonces, lleno de antiguas resonancias, prehistóricas ya pero válidas, de la basca. Tetas y Chapa estaban allí porque una de sus aceras de trabajo nocturno –aquel día, de chapeo– estaba próxima, la del gran café de X y las terrazas de verano, ya abiertas en primavera, de X, Y y Z, en la avenida o bulevar que atravesaba casi de norte a sur la gran ciudad del interior, a la altura de la plaza del palacio de comunicaciones, y Nazario y Ocaña en persona, de paso para el cafetín moro, los habían invitado a acompañarles con la promesa de pasarles algo de pasta para sus motos al final del espectáculo y de la noche; habían quedado con ellos, además, en colaborar en uno de los breves gags previstos en la actuación: cuando los dos viejos carrozas, vestidos de cupletistas con mucha mantilla y lentejuela y trajes de volantes, pidieran dos voluntarios machos que «des domaran su instinto salvaje y le dieran luz a sus ojos, ciegos de tanta lágrima densa derramada», ellos dos, el Tuta y el Chapa, debían salir al estradillo, tomarlos con brusquedad por las cinturas, vestidos de negro como iban, con abundante cuero y correajes, y hacer como si los encularan cara al público, entre grititos de horror y de satisfacción de los dos histriones.

–Eso cuesta mucha pasta, colega! –había dicho el Tetas muy serio.

–Todo el oro del mundo pondremos a vuestros pies, caritas de luna –les había respondido el que llamaban Ocaña.

Y el Nazario, más en serio, lo que les convenció:

–Mil duros la hora y un regalito si hay buena continuación.

Ellos habían dicho que o. k. y los habían acompañado.

Precisamente por la escena de los dos cupletistas y los

dos agobiados iba la representación cuando irrumpieron en el cafetín moro una decena de tipos vocingleros y violentos armados de porras y cadenas y en la ropa abundantes adornos y complementos militares y se armó la gran bronca.

—¡La banda de Mortadelo y Filemón! —anunció el Fifo Laje, y de la trastienda del cafetín, como un rayo, sacó unos luchacos y varios palos que distribuyó entre los viejos vaqueros más cercanos.

Los de la banda, salvo dos algo más jóvenes, tenían aproximadamente la misma edad —no poca— de los dueños y asiduos del cafetín —de la misma quinta debían de ser, de cuando había quintas—, y gritaban «muera las ratas de alcantari-lla», «abajo el libertinaje», «viva la familia y la moral wikinga», «muerte a los maricones» y otros lemas incomprensibles por el estilo. Con vasos, botellas, palos y los luchacos de Fifo los vaqueros repelieron la agresión mortadelo-filemoniana, con la valiosa ayuda de los hijos del agobio allí presentes —Tetas y Chapa convertidos en caballeros defensores de los dos viejos carrozas que se descojonaban de risa vestidos de tonadilleras en la esquina del estradillo, el Tuta y Colocado, tras un guiño de complicidad, adalides del quinteto de agobiados formado por ellos y los tres niños, a pecho descubierto y puñetazos en torno a un Fifo que parecía recrear sus saltos de inspirado bailarín a golpes de luchacos— y de las viejas damas vaqueras que se divertían de lo lindo arrojando todo objeto contundente que encontraban a mano contra la decuria invasora. La banda de Mortadelo y Filemón terminó replegándose hacia la puerta del cafetín moro, ex-Vaquería de la calle de la Libertad, y luego abriéndose calle abajo-calle arriba de la idem, las porras y las cadenas entre las piernas, descalabrados algunos de ellos y magullados todos, una grito respetable como despedida de la basca ex-vaquera y agobiada desde el garito, Nazario y Ocaña por sevillanas en el medio o centro de la calle de la Libertad.

Aquella noche la celebración de la victoria, en un cafetín totalmente destruido por la bronca, fue sonada; a ex-vaqueros y agobiados se unió todo el vecindario y la barra li-

bre realizó milagros. Nazario y Ocaña pagaron los servicios del Tetas y el Chapa con dos monedas de oro con la efigie del príncipe Felipe y un viejo jipi gallego llamado Falín le confió a Tutankamon el plano de un tesoro.

—Yo soy viejo e iré hacia el norte de nuevo para morir, pues preciso campo verde y atmósfera gris, con música de jazz a ser posible, para mi tránsito en paz. Vosotros, nueva basca florecida, viajad hacia el sur y hacia el este como antaño nosotros hiciéramos en nuestro viaje de ida. En el kilómetro 142 entre Murcia y Granada, por Lumbreras, antes de Granada y del punto de partida de esa carretera, mitad de camino, hay un árbol del que no sé el nombre pero de redonda copa, cerca de una casita desvencijada, y a su pie un tesoro enterrado. El viaje en sí será hermoso: veréis campos de girasoles con su flor amarilla humillada hacia poniente, pueblos al pie de montañas, entre cipreses y alamedas... Yo mismo lo enterré allí hace medio siglo tal vez y hoy a vosotros deseo cedéroslo... Que seáis muy felices.

Tutankamon —no sabía si el viejo hablaba en serio o estaba chillado— se lo contó a Colocado y los tres niños se medio enteraron de la cosa. Comentaron que preparaban viaje y el Tuta y el Coloqueta pensaron que aquello estaba bien, que por qué no tal cosa, y planearon con ellos. Pronto al quinteto se unió el Tetas y el Chapa, contentos con sus dos monedas con la efigie del príncipe, se conocían de vista y alguna vez habían participado en alguna bronca aunque nunca tan cachonda como aquella noche ni en bandos tan el mismo bando, y el quinteto pasó a septeto. Fue Fifo Laje quien les habló de la casa de don Borondón y les dijo que merecía la pena pasarse por allí, y la euforia del vino y el cubata tras la victoria hizo el resto: se separaron juramentados como colegas legales y quedaron para al día siguiente seguir planeando movida. En días sucesivos, vísperas de la apertura, el grupo había de ampliarse hasta formar el que al final fue: nueve motos, once chorbos y cuatro titis.

La última noche en el gimnasio, por todo lo anterior narrado entre otras cosas, no fue para el Tuta de entera dicha

y relax a tope. Cuando vio al Tetas y al Chapa, nada más entrar, intentando dar caza en los trapecios a un tercero muy habilidoso en el aire y que los driblaba con quiebros ajustados y felices, le entró un poco de muermo y se lo dijo así a la Mata.

—No me mola mucho dejar a éstos y a los niños...

Pero la Mata lo tenía claro.

—Pues no te abras con nosotros y apaláncate aquí. Esos tienen para rato con este juguetito comecocos y engañabobos —y se ligó al Diestro para subir a la red y buscarse algún enemigo para combate peculiar.

Más tarde, en la sauna o jamam, el Tuta abordó a los cuatro colegas que se reponían de un palizón que les acababa de propinar el grupo Abdelhalim, Abdelhakim sonriente y obsequioso masajista o descoyuntador.

—Mañana se abre la Mata con la mayoría del grupo —comenzó el Tuta, y los otros parecieron no interesarse.

—Mejor —comentó el Tetas—. Esa titi no me va.

—Le mola mucho lo de jefa —terció el Recio.

—Es que yo quería abrirme con ellos —siguió el Tuta.

Hubo un silencio. Abdelhakim se paseaba descalzo por la columna vertebral del Chapa, tumbado bocabajo, entre crujidos de huesos y musculares.

—¡No te pases, tú! ¡A ver si me jodes un hueso! —decía el Chapa, y el otro ni caso, muy tranquilo, seguro de lo que se hacía y de la resistencia de un esqueleto.

—Esa va de reina por la vida. No sé cómo la aguantáis —se limitó a comentar Niñato.

—Por ahora, nosotros estamos aquí chachi —dijo el J. L. Recio—. ¿Y a dónde pensáis tirar?

—Al sur, a tierra de moros. A lo de la casa-jaima que nos contó la Kaka —respondió Tuta.

Abdelhalim conocía la zona y les dijo que estaba puta madre de bien, casi el mismo rollo que lo del Eulogio pero sin gimnasio. Después del verano él y sus colegas del grupo Abdelhakim pensaban pasarse unas semanas por la casa-jaima de Zeralda para ver a antigua basca que tenían por allí

y luego pasar por Túnez no sabían si para tirar hacia Sicilia o más hacia el oriente. Seguro que habían de encontrarse algún día próximo.

—¿Y lo del tesoro? —preguntó el niño Niñato.

—Yo creo que es una chorrada del viejo majara —dijo Tutankamon—. Pero no cuesta nada mirar. Si pasamos y hay algo, os dejo allí una nota por si pasáis vosotros. Si no paso y pasáis vosotros, pues miráis y tal.

No eran ellos gentes crédula ni pensaban que existieran tesoros escondidos; menos aún, que te los regalaran así por las buenas una noche de bronca.

—¿Váis a esperar al Roqui? —preguntó Tuta.

—Está tocado del ala para semanas —respondió Tetas.

—Y está raro con nosotros —apuntó pensativo Niñato—. Parece como si no le molara vernos.

Apareció por allí la Maco en tetas, carita de porcelana, y se les acercó.

—Te estaba buscando —le dijo a Tutankamon.

—¿Te abres tú también, titi? —le preguntó el Tetas.

—Sí, pero sin maromo. Me voy de paquete con éste —y se sentó con los colegas—. ¿Y vosotros?

—Queremos enrollarnos un poco más aquí. Hay de todo y no hay pasma —respondió el Tetas.

Todo estaba bien. La gente andaba como perezosa a pesar de la excitación peculiar de luna llena que reinaba en el gimnasio. Hasta los que no se iban a la mañana siguiente sentían que era víspera de apertura de lugar al que —todos lo sentían— habían tomado cariño, de lugar al que sabían que un día habían de volver.

Amanecía. Con las primeras luces del día en la explanada frente al bar de la carretera —o con la del alba sería— se fueron concentrando las motos de los que se iban; el Biela y la Manivela terminaban de poner a punto pequeños detalles y la Mata se había ido con la Maco y el Tuta a la casa de los bonos para cambiarlos por pasta. Goliat el Diestro había ido a buscar a Yoniyón y a la Kaka, pero no los había encontra-

do; volvía con Bocanegra, cada uno en su moto. Cuando la Maco, de regreso de lo de los bonos, vio a Bocanegra le entró mala hostia y al pasar a su lado ni le miró.

–Maco –dijo Bocanegra sin apearse de la moto, un pie a tierra.

–¡Vete a tomar por el culo! –rezongó la otra, y ajustaba su macuto a la máquina del Tuta.

–Quiero explicarme contigo, titi –insistió el otro.

–¡Para qué, tío! –y le miró un segundo torva.

Estaba muy guapa, pálida y algo ojerosa, recién lavada, el pelo muy tirante atrás y en cola de escoba más que de caballo.

–No quiero que te abras con mal rollo en la cabeza contra mí. Fue chachi lo nuestro y legal, quiero seguir siendo buen colega tuyo...

–¡No te enrolles, julai, que no hace falta! –y la Maco seguía con lo del macuto, azorada, los demás a cierta distancia de ellos procurando no interferir.

–Te quiero, titi; sé que un día te voy a buscar...

La otra, excitada, se le puso en jarras delante y le miró a los ojos.

–¡Tu puta madre! –mataba con la mirada– ¡Con un cacho piedra te vas a encontrar cuando me busques! ¡Raca, qué tío más borde! Me abro más feliz que dios sin ti, mamón. Si me quieres un poco, como dices, lárgate ya mismo y déjame en paz. Todavía me queda un coño privilegiado y retozón que, además, te juro que en tu puta vida vas a catar... ni oler de lejos, tío...

No pudo terminar, se le saltaban las lágrimas, hizo amago de darle un bofetón, pero se dio media vuelta y en un trotecillo gracioso se perdió por entre los pinos de la entrada de la acampada. La Mata se fue hacia el Bocanegra.

–¡Lárgate ya! Deja a la Maco en paz, que nos espera un día de marcha –y menos dura–. Ya sabéis a dónde vamos. ¡Aire!

Tras segundos de indecisión, Bocanegra arrancó la máquina y se fue hacia el estudio –a pesar de lo temprano de la

hora deseó entretenerse allá con algo—, pasado el bar de la carretera y el gimnasio. Se cruzó con Pepe el de la Colza que venía a caballo, trote ligero, hacia la explanada en donde el grupo preparaba marcha.

La Mata vio al caballo y al caballista desde lejos y se fue hacia ellos en moto; el braguero rojo, la zamarreta de pelo de borrego natural, el macuto bien ajustado al portaequipaje de resortes, la fusta nueva atravesada y bien sujeta al macuto. Disminuyeron trote y máquina hasta quedar en paralelo, el jerezano desde lo alto de la grupa, la titi abajo; se alegró Mata Maxa de que el de la Colza hubiera venido en la yegua cuatralba, su preferida; fijó la moto, se subió al sillín y acarició, ya a la altura de los ojos de yegua y caballero, la crin del animal —pareció reconocerla y se dejó hacer con cabeceo tranquilo— y así estuvieron un rato. Saltó luego al suelo, se metió la máquina entre las piernas y volvieron —la cuatralba a trote alegre tras la moto— hasta donde los demás esperaban arrancar.

—¿Listos? —preguntó la Mata, así en general.

Estaban preparados.

—Pues, en marcha —y todos arrancaron el motor y rodaron.

Las cuatro motos salieron a la carretera; Pepe el de la Colza los siguió al trote un rato y luego se metió campo a través. Desde el bosquecillo de pinos de la entrada a la acampada el Roqui, la pierna escayolada, desde un lugar discreto en el que se sabía a cubierto de la vista de sus antiguos colegas, los veía alejarse, pálido y serio, un bastón tosco de empuñadura trabajada a navaja en la mano derecha, un comic de Pinto Godinho —«Los niños en la guerra y los niños en la casa de Zeralda», al parecer— bajo el brazo. El disco rojo del astro supremo, velado por la neblina, podía ser aún contemplado por el ojo que mirara, diríase gran luna en nuevo orto o su alma gloriosa.

Roqui, patituerto y trespiés, paseó por el bosquecillo hacia la caseta de cristales blindados de recepción y máquina

de estadística para la que tenía papela de curre para primeras horas de la mañana. La semana transcurrida lejos de sus colegas había sido de rara calma chicha en el océano de su cabeza, de reflexión y –quien lo hubiera imaginado para tan tierna edad– nostalgia. Las conversaciones con Patxi Tolosa, el tipo más legal con el que se había topado en su vida, antes y después de iniciado viaje, las lecturas de las historietas del genial dibujante portugués y la nueva música que se hacía por entonces descubierta a la vera del Patxi, habían provocado en el niñoato Roqui vagas e innumerables reflexiones sobre el mundo, la vida, la basca; lo de la nostalgia era un decir de este amanuense: lo único que echaba de menos el chico era la salud de su tobillo. Pero se notaba otro; no sabía en qué, pero otro. Los dos días primeros pasados en la enfermería el Patxi había pedido papela de enfermero y habían pasado prácticamente todo el día juntos; cuando habían ido a verle la Kaka y luego los niñoatos, Roqui se sintió incómodo por la interrupción que aquellas visitas suponía para su charla y sesiones de música con el Patxi y se había mostrado despegado. Endurecida la escayola y bastante ágil para moverse, habían comenzado el Patxi y él a pedir papela para trabajos sencillos –vigilancias, información y similares– en turnos consecutivos que pasaban juntos de música, lectura y conversación. Un día, incluso, se habían acercado al chirringuito de Eulogio y a la playa y se habían tomado unos cubatas con aquella música espléndida de fondo. El Patxi le había hablado del gimnasio pero no había querido llevarle allí –él se había ido solo en dos o tres ocasiones por la noche– porque decía que la escayola no podía resistir aquella marcha ni el «agua va» frecuente que se estilaba.

Patxi –al que algunos seguían llamando Mustafa, aunque nunca Roqui– le había contado una historia que le había hecho estremecer, la de un pariente suyo lejano que militaba en comandos de lucha contra el trabajo asalariado y que había muerto con un artefacto de goma-2, al estallarle en las manos sin haberle dado tiempo de colocarlo en un monte cercano a la ciudad en la que operaba su grupo clandestino.

—Era un tipo cojonudo aquel primo lejano —le había comentado el Patxi—. Había sido un soldado muy valiente en la gran guerra pero había vuelto de ella completamente cambiado, decía mi madre, y se había metido en lo de las bombas con total convencimiento. A la semana siguiente de su muerte me abrí de mi casa, anduve por Andalucía y por Marruecos, me enrollé casi un año en Tánger, en donde me decían Mustafa, aprendí algo de árabe, y aquí estoy.

A Roqui la historia del pariente de Patxi Tolosa le había removido un sin número de consideraciones sobre su vida y la de su basca. Se imaginaba perfectamente a cualquiera de sus colegas agobiados enrollados con bombas y actos violentos contra una ciudad circunvalada por atascos y barrios fanfagosos, se veía a sí mismo perfectamente integrado en un comando así como lo había estado en bandas de choriceos, chapeos, bronca gratuita o actos contra la pasma. En el fondo, la apertura buscando otros horizontes más anchos que los de la ciudad, que se le antojaba ondulante, pensaba que era una huída simple de aquella monotonía que luchaba contra sí misma inventándose medios de lucha que, al ser limitados y repetirse una y otra vez, terminaban agigantando más aún la muerme de lo repetido y repetible y lo tenía claro. O la bomba o la huída. Y había elegido lo segundo sin siquiera haberse planteado la otra alternativa. En fin.

En la caseta de cristales de recepción sustituyó a un chaval que conocía, que sabía el panocho murciano, campesino que había salido de su lugar por primera vez en la vida para la gran guerra y que, tras aquel viaje peculiar, había vuelto al campo familiar, no lo había soportado y allí estaba, de paso. Se enfrascó en la lectura de los comics del portugués; se los estaba leyendo todos y en orden —ya suponían una pequeña biblioteca— y le apasionaban. Llegó un grupo cachondo de siete tíos y dos titis en una furgoneta desvencijada y antiquísima que se dijeron ademadores y encofradores y que venían para quedarse un tiempo, no sabían cuánto, gente marchosa y, salvo dos de ellos, bastante joven, pinta de obreros en apertura, un poco agobiadetes. Luego llegó el Patxi

con un termo pequeño de café, de los del bar de la carretera, y se pusieron a echar una partida de damas.

En ello estaban cuando aparecieron la Kaka y el Yoniyón. Le habían visto en la caseta cuando pasaban a buscar la moto para ir al puerto y habían entrado.

—¿No has visto a la basca que se abría? —preguntó la Kaka.

—Se fueron muy temprano, hará como una hora —respondió Roqui.

La Kaka se volvió a Yoniyón.

—¿Ves? Te lo dije —y otra vez al Roqui—. ¿Cuántos se largaron?

El Roqui interrumpió el juego y miró a la Kaka.

—Cuatro motos. La Mata, el Diestro, el Biela y su titi, la Maco y el Tuta.

Yoniyón, en cucullas, estudiaba la partida. Le dio un codazo a Roqui.

—Si te dejas atrincar ésta, le comes dos —le dijo.

Y el Roqui lo hizo así.

—¡Juegas bien! —le dijo el Patxi.

—En el talego fui campeón de esto y de tute —respondió ufano Yoniyón. Y en pie de nuevo—. Roqui: la Kaka y yo nos abrimos un día de éstos. ¿Qué vas a hacer tú?

Se encogió de hombros y siguió con el juego. Fue Patxi el que habló.

—Por lo menos le quedan tres semanas de escayola. Aquí está bien.

—¿Hacia dónde os abris? —preguntó Roqui.

—Vamos en barco a Argel, a la casa de no sé que hostias que hay allí cerca —intervino la Kaka.

—¿En barco? —se asombró el niñoato Roqui.

—Ya ves —y la titi adoptó aire de importancia.

—¿A la casa-jaima de Zeralda? —preguntó el Patxi Tolosa, y Roqui se estremeció con un ligero respingo.

—Sí, ésa —dijo la titi.

Hubo un silencio. Roqui observaba el tablero distraído. Suspiró.

—¿Lo dejamos? —dijo Patxi.

—Vale —y cerró el tablero-caja, todas las fichas descolocadas dentro—. Si os quedáis mucho tiempo en Zeralda a lo mejor nos vemos allí.

—Chachi, tío —dijo la Kaka.

Llegaba un grupo de motoristas y la Kaka y el Yoniyón se despidieron. Roqui atendió a los que entraban; dos parejas y un niño con el pelo cortado al cero; músicos, llegaban para quedarse no sabían cuánto tiempo; el niño del pelo cortado al cero daba de comer una zanahoria a un conejo que traía bajo el brazo.

Tetas, Chapa y los niños J. L. Recio y Niñato se habían convertido en colegas inseparables, solían pedir papela para el mismo lugar de trabajo, preferentemente la obra grande, y por las noches se lo hacían de gimnasio y formaban banda bien conocida y ya bien relacionada con otras bandas —confraternización o bronca, dependía de las circunstancias—, particularmente con los Abdelhalim, la banda de los cuatro masajistas magrebíes —a saber, Abdallah, Abdelkader, Abdelhamid y Abdelhakim, el benjamín este último, cabeza dura y, fuera de combate, eternamente sonriente—, primos entre sí y que ya les decían a ellos cuatro primos también.

—Primo serás tú —le había dicho el Chapa al Abdallah, le mayor de ellos, el día (siguiente al de un violentísimo combate jabonoso) que le había recibido por primera vez con el saludo «la paz sea contigo, primo».

El mismo Abdallah le había explicado luego que en su tierra se decía benami, con una a larga, o hijo de mi tío paterno, y que no era en absoluto peyorativo como él parecía creer, sino todo lo contrario, cortés y apelativo de confianza. Desde entonces se llamaban entre sí primos o benaamís; el J. L. Recio con frecuencia jugaba con las palabras y decía «ven a mí, primo», sobre todo en entrenamientos de combate jabonoso, y si era el joven de risa fácil Abdelhakim el que tenía delante sabía que el arranque del combate lo tenía a su favor porque al chico le entraba la risa y —era de cabeza

dura para todo—, cortés, quería explicarle que no «ven-a-mi» sino «benaami», con a larga y be, segundos que el Recio utilizaba para obtener ventaja inicial que, tras un primer esquite fallido del muchacho, perdía en el segundo esquite, recuperación, salto adelante y cabezazo.

Era de los niñatos el Recio el más complejo, y de toda la banda de hijos del agobio tal vez el más atípico —o no— agobiado. De una familia afincada en la gran ciudad del interior más de un siglo atrás, de origen sureño, un tío abuelo suyo, ex-vaquero, había sido editor de textos que por entonces habían dado en llamar contraculturales —aunque a la larga hubieron de resultar de un clasicismo atroz—, otro tío abuelo músico de banda de nueva ola y editor de música de super Vanguardia minoritaria —que luego no— para la época, su padre y varios tíos maternos y paternos más, publicistas, músicos, editores, encuestadores y un largo etcétera por el estilo... habían dado como consecuencia lógica un niñato J. L. Recio —había crecido niño entre músicos de grupos estridentes, encuestas sociológicas y estudios informáticos de complejidad y frialdad raras, folletos, panfletos, libracos y libritos amontonados por todas las habitaciones de los múltiples recintos familiares— agobiado por vocación, necesidad o fuerza, herencia, ósmosis o no se sabe bien qué, pero bien podría ser biológicamente hijo del agobio. En su grupo familiar, y para celebrar que sus piernas llegaban a los pedales, le habían comprado una moto y él había sido el verdadero cerebro planeador de viaje entre la basca de su edad.

La noche de la bronca en el cafetín moro, ex-Vaquería de la calle de la Libertad, evocada un poco más arriba, este amanuense había afirmado que los niñatos estaban allí por casualidad; por lo menos en el caso de J. L. Recio, no es del todo cierto —lo hizo así como exigencia de estilo, para abreviar—, aunque tampoco importa demasiado. Sabía el Recio que su tío abuelo editor, ex-vaquero, casi centenario ya y

que sólo en contadas ocasiones y de visita aparecía por donde sus parientes vestido con ropa talar rojo fuerte o granate como los antiguos obispos o arzobispos o cardenales, pasaba con frecuencia por aquel antro; le fascinaba al Recio la figura de aquel viejo que, aunque se llamaba como él, J. L. Recio, todos le decían el Moebius en honor al nombre de su antiqüísima editorial «La banda de Moebius» —nombre que para el niñato J. L. Recio tenía resonancias míticas más por lo de «la banda» que por lo otro que no comprendía—, y aquella tarde se había dejado caer por allí con sus dos colegas con la lejana esperanza de toparse con él. Era la primera vez que se decidía a contactar con su viejo pariente porque sabía —en aquellos momentos en que él creía sabérsela ya y que por ello planeaba viaje— que había conocido y conocía aún los íntimos resortes de la gran ciudad del interior; y confiaba en que, una vez se presentase pues, si no, no le reconocería, tal vez se dignara confiarles algún secreto, tal vez le reservara algún consejo, tal vez pudiera sorprenderles con algún. Pero no había de ser así. El viejo estaba allí, de rojo carmín espectacular vestido, con otros tres viejos viejísimos carrozas como él en torno a un narguile descomunal de boquilla humeante y a la que no daban reposo; cuando el J. L. Recio —le costó un poquito arrancar pero, flanqueado por sus dos colegas, le salió airoso— se plantó frente al cuarteto con sus herrajes más refulgentes y le dijo: «Viejo Moebius: me llamo J. L. Recio y soy pariente tuyo», el otro le miró a los ojos unos segundos en silencio, hizo un gesto con la mano como para apartarse moscas de la cara, pidió la boquilla del narguile a su vecino, aspiró y dejó salir mansa una vaharada de humo perfumado y se dirigió, ya sin prestar atención al niñato, a sus tres contertulios.

—Parece que el dragón de larga cola ha salido hoy de las alcantarillas y ha venido a visitarnos —dijo.

—Licántropos movidos por radio patrullan nuestras calles —comentó pensativo el viejo de su derecha que le pasara la boquilla.

—El acto del amor es lo más parecido a un asesinato

—musitó entre dientes el que estaba a la izquierda del viejo Moebius, y a la vez que recibía de su mano la boquilla del narguile.

—Vivir siempre es mortal —añadió con tono casi patético el cuarto carroza, que parecía romántico y llorón dentro de su decrepitud, y mirando a los tres agobiados que seguían en pie frente a ellos, añadió—. Vivir siempre es mortal.

Dejaron tan sorprendidos a los tres niños los cuatro viejos que tardaron unos segundos en reaccionar. A J. L. Recio le entró de repente cabreo y no sabía si emprenderla a hostias con aquellos fulanos o qué hacer; cerró los puños y se contuvo.

—¡Joder, qué basca! —musitó, al fin, despectivo, y se dio media vuelta y se fue con sus dos colegas a la barra.

Luego vino lo de la actuación del Nazario y el Ocaña, la bronca con los de la banda mortadelo-filemoniana —en la que a punto estuvieron de emprenderla a hostias con los viejos, y no al revés, aunque les contuvo el guiño de Colocado y el Tuta y, sobre todo, el arranque de valentía que vieron en Moebius y sus tres carrozas compañeros al recibir un bastón cada uno de manos de Fifo Laje y arremeter con decisión contra los intrusos—, la trompa final en la barra libre —ya olvidado el Recio del porqué de su visita al cafetín ex-Vaquería de la calle de la Libertad— y la fijación de nuevas amistades para preparar el viaje.

Allí, en lo del Eulogio, ahora, prácticamente no recordaba nada de aquella escena salvo la bronca y el encuentro con los nuevos colegas. La marcha seguía por otros derroteros.

A la semana y media de estar en lo del Eulogio, una madrugada en el bar de la carretera tras noche de gimnasio y a punto de irse a sobar, como decía el Tetas, antes de pasar en el turno de tarde unas horas en la obra grande, pareció manifestarse un primer síntoma de agobio ante algo aún indefinido —cansancio, rutina, qué—, precisamente por boca del Tetas.

—En mi puta vida he currado... —exclamó en un momen-

to, algo abatido— ... tanto como en estos días.

Hubo un silencio que rompió Niñato.

—Pues pide papela que te mole o de no currar, que las hay.

—No es eso lo que dice mi tronco —intervino el Chapa—. La papela amuerma...

J. L. Recio supo que debían comenzar ya a preparar viaje. Fue elocuente.

—¡Sois unos colgados del carajo! En el curre hacemos lo que nos sale de la polla y nadie nos dice ni mu, ¿o no? Y la marcha del gimnasio nos va a todos cantidad todavía, que se nota... Lo que pasa que aquí todo está claro; si quieres follar, pues vas y te lo montas y ya está; si quieres bronquear, pues bronqueas y a otra cosa; si quieres un cubata, te lo bebes, y si curre o no, pues curras o no, pero en el coco se te mete que la basca puede funcionar así de chachi porque el curre va, y vas y curras más y te mosqueas y viene el muermo y luego dices a tomar por el culo todo esto, parece que alguien tiene que estar ghuleando en este tinglado, y piensas... —en medio de los colegas, accionaba expresivo y todos le miraban embobados, parecía que sabía lo que pensaban—. Creo que hay que pensar en abrirse, colegas. Demasiado pal cuerpo y pal coco esta vaina.

Enmudeció de repente y todos se quedaron pensativos; se fueron a dormir sin intercambiar palabras. Por oriente clareaba, la estrella de la mañana o lucero del alba en lo alto poderosísima, la luna escondida ya, un nubarrón estrecho y larguirucho como un cohete o un submarino, mancha oscura en medio de la mancha del clarear. Se metieron a sobar, como decía el Tetas, en la zona más oscura del barracón dormitorio de invierno.

Bien pasadas las doce de la mañana Tetas y Chapa anulaban su papela del día y se fueron a la playa en la zona del chiringuito de Eulogio. J. L. Recio y Niñato, por insistencia del último, se fueron, como previsto, a la obra grande.

Hacía días que la chica mulata americana con la que tan-

to flipara Niñato su primer día de trabajo, que resultó llamarse Alexandra, quedaba con ellos en pedir papela para el mismo tajo y luego se iban juntos –Niñato como un corderito con ella, y ella lo sabía y le coqueteaba– por el bar de la carretera, a pasear por la orilla del mar, pocas veces a dar una vuelta en moto, menos aún al gimnasio, que no le gustaba demasiado a la titi. Cuando iban de paseo o a dar una vuelta en moto, el Recio se abría con Tetas y Chapa al gimnasio y allí quedaban con Niñato para más tarde, unas horas después. Niñato y Alexandra, así, habían llegado a intimar todo lo que la timidez del chorbo ante la primera titi con la que hablaba en serio en su vida y el natural engatusador, o arrebatador o simplemente afectuoso de la titi de ojos desbordantes de comunicación podían permitir. No habían llegado a más de tontear un poco –inexperiencia del niñato, cierto recelo de la chica, tal vez, a las efusiones ardientes por alguna misteriosa razón– en las al final ya diarias entrevistas amistosas de la caída de la tarde, antes de que lo dos se separaran para ganar sus grupos respectivos, Niñato hacia el gimnasio, la titi Alexandra con sus amigos y amigas al cine, al chiringuito de Eulogio junto a la playa o al estudio en donde ensayaba –las menos– el grupos de salsa con el que había llegado a aquel tramo de costa y que a Niñato le pareció –una vez que la había acompañado– soso y antiguo.

Tetas y el Chapa se tomaron en lo del Eulogio un bocata de salchichón cada uno con media botella de vino tinto. Frente a la ventana abierta que daba a la terraza, una mujer muy guapa en silla de ruedas y tocada con un sombrero de paja de ala ancha miraba silenciosa y seria al exterior, los bañistas, la gente de la terraza y el mar. Dos casi niñas de rostros muy parecidos habían pasado a saludar a aquella señora, le habían dado un beso en la mejilla y –llevaban un maletín de escolar de colores vivos–, al pasar junto a los dos chicos, oyeron que una decía a la otra «deben ser los de la moto tan bonita que hay afuera», se pusieron tontitas al sentirse observadas por Tetas y Chapa y entre risitas salieron del salón del bar de lo del Eulogio.

Y en la terraza los dos colegas vieron el prodigio.

—¡Kaka y Yoniyón! —exclamó incrédulo uno.

—¡Bañándose! —con la misma incredulidad, el otro.

Era verdad. La Kaka, en braguita diminuta y tetas al aire, y el Yoniyón, el torso desnudo y los pantalones amarillos arremangados hasta lo alto de la rodilla, chapoteaban muy a la orilla del mar, sin dejarse mojar por más arriba del tobillo, con un grupo de gente que lo conocían los dos boquiabiertos colegas.

Se adentraron hasta media playa, los tacones de los botos semihundidos en la arena, y llamaron a Yoniyón que se les acercó en una carrerilla, muy sofocado.

—¡Hola, colegas! Nos abrimos al amanecer en el barco —les dijo nada más llegar a donde estaban. Y ante el gesto de estupor o sorpresa de Chapa y Tetas—. Estamos de prácticas. Hay que acostumbrarse al mar.

Les dijo que habían embarcado ya la moto metida en un gran saco de plástico y que los tres fulanos que estaban junto a la Kaka eran los que tripulaban el barco. Dos de ellos, el Pino Corso y el Georg de Conspicua, dijo que se llamaban, entraban en el mar y nadaban lejos. Antonio y la Kaka se acercaron; presentaron a los que no se conocían. A Kakadín se la veía muy contenta.

—¿Os quedáis aquí vosotros? —preguntó el marinero Antonio.

—No —dijo pronto el Tetas—. Creo que nos abriremos en pocos días.

—¿Vendréis a lo de Zeralda? —preguntó Yoniyón.

—No sabemos todavía. Tenemos que planearlo, pero si es como esto creo que no nos va a molar demasiado —siguió Tetas.

—Lo de las papelas y tal, amuerma —intervino Chapa.

—¡Os va a vosotros el choriceo que no veas! —soltó la Kaka.

—¡Como a ti, titi, o no? —replicó rápido Tetas.

—¡Pues no, tío! Prefiero la vida sana y con gente inteligente al lado que andar por ahí de puta, de bronca, de movida

chunga y de esquivar, ¿comprendes? —y estaba otra vez de oratoria brillante la chica, ante la fascinación de Yoniyón, la sonrisa irónica del marinero Antonio y el desconcierto de los dos colegas agobiados—. A una le gusta ir de marcha legal con gente legal al lado; la vida dura de bronca y calamidades llega a cansar a una tanto, tanto, como el follarse sin ganas, ¿comprendes? Y, si no, al tiempo; ya me lo diréis.

—Decirte, qué. —dijo el Chapa, que no había comprendido mucho.

—Pues eso, que tu de chapeo, por ejemplo, te lo puedes montar bien una temporada, pero luego te amuerma más que te mola y cuando empiece a aburrirte pues a lo mejor te quedas colgado porque no sabes qué hacer, y qué, ¿eh?, luego qué.

—¡Joder, tía! ¡Pareces mi madre! —rezongó Tetas.

—¿Tu madre? ¡Ja! ¡Tu puta madre, querrás decir! —se cabreó la titi—. Yo no te estoy dando consejitos, tío, te estoy diciendo lo que me pasa por el coco, y si te va, bien, y si no, ¡aire! Haz lo que te salga de la polla, que para eso eres un chorbo libre.

El Antonio no pudo contener la risa.

—Vale, vale, Kakadín. Está claro lo que dices, pero tus amigos tienen razón. Si no les va esto, mejor que busquen otro lugar. Está claro —su tono profundo de voz y reposado sosegó a la basca—. Os sugiero que paséis de nuevo por casa de Borondón el Babilónico y le pidáis carnet de joven y, si os parece, porque es muy práctico, también de loco; aunque sabemos y sabéis que no estáis locos, sino todo lo contrario, a las autoridades y policía de toda la costa les impresiona mucho y os dejarán bastante en paz, sobre todo si vais de paso.

En estas estaban cuando se llegaron al grupo los dos nadadores. Jóvenes —no llegaban a la treintena—, altos y fuertes, ese color inconfundible que las continuas travesías dejan impreso en la piel del marino, saludaron y respondieron a las presentaciones, corteses.

—¿No os mola un bañito? —preguntó la Kaka.

—Más bien no —dijo Tetas.

Se habían tendido en la arena, salvo los dos colegas vestidos.

—Al menos, un baño de sol; sienta bien —sugirió amable Antonio.

El Chapa comenzó por quitarse los botos; pronto estaba en paño menor, que resultó ser un diminuto bikini, casi tanga, con no más de cinco milímetros —casi cordón— en los costados; tenía armoniosa figura, aunque un tanto paliducha. El Tetas, reticente, sólo llegó a quitarse los botos y se sentó, al lado de su colega, vestido. La Kaka fijó la atención casi general —el siciliano y el maltés se habían tumbado al sol en la arena bocarriba y con los ojos cerrados no parecían atender, tal vez dificultades de comprensión de la lengua— en el bañador del Chapa.

—Buen modelito, Chapa; ¿a quien se lo has mangado? —preguntó casi grosera.

—¡Y a ti qué te importa! —contestó el aludido casi mosqueado.

—Es de buti, tronco —insistió la titi, y en pie frente a él le incitó a exhibirse—. Ven, Chapa, enséñanos tu bodi airoso.

Al otro se le pasó el amago de mosqueo de inmediato y saltó al lado de la chica.

—¡Qué pasa, titi! —y adoptó aire chuleta, casi de torero, en pie en jarras a su lado.

Antonio, Yoniyón, el siciliano y el maltés, semitumbados, acodados de espalda a la arena, contemplaban divertidos, el Tetas un puntito sombrío.

—¡Buena planta, macho! —y la Kaka recorrió su cuerpo con la mirada ostentosamente, ella en jarras también—. ¡Y qué paquete!

Todos rieron; al Chapa, de posturita, se le notaba satisfecho; Yoniyón musitó un «putón playero» por lo bajo, pero sin perder el buen humor, y el Chapa fue el que reaccionó un poco mosca ante aquella —ya la Kaka se había ligado al brazo del Chapa y ensayaba posturas de pose para foto—ideal pareja.

—¡Te estás quedando con mi tronco, titi! —le dijo con no

demasiada convicción.

—¡Y a ti, qué! Bien que le gusta a él, ¿eh, Chapa? —saltó la titi de inmediato. Y al Tetas de nuevo—. Tú podías despelo-tarte un poco también y no estar ahí de triste.

Al chico se le dibujó una mueca de disgusto. La otra, tras liberar al Chapa que, algo desconcertado, se tumbó al lado de los otros en batería, se encaró directa con el Tetas.

—¿O es que te da vergüenza enseñarnos tus teticas? —zumbó—. Mira: a mi no me da, y soy titi —y agitó el torso a lo bailarina oriental—. ¡Anda, sonso! ¡Quítate la camisa por lo menos!

El Tetas, por fin, se decidió a quitar la camisa y se quedó en pantalón. Se le notaba poco seguro de su físico, algo tenso, la otra cara de la moneda al lado del con naturalidad exhibicionista colega Chapa. Kakadín, perdido el interés tras conseguir que Tetas se desnudara el torso, dio dos carrerillas por allí y, sofocada, corrió hacia el agua.

—Voy a darme el segundo cale de mi vida —había advertido a sus compañeros, y Yoniyón se había puesto en pie para verlo mejor.

Tras un movimiento de indecisión o duda al llegar a las primeras cabrillas, entró hasta que el agua le llegó al chocho —como ella contaba luego—, dio un gritito que todos escucharon y celebraron, se zambulló con cuidado de que no se le mojaran los quiquis aún ilesos, y salió corriendo como había entrado, risueña y mojada, hasta donde estaban sus colegas. Había aprendido que el contacto con el mar no es doloroso y estaba feliz con el descubrimiento; todos aplaudieron.

**Sigue en 08-08-y final-Los hijos del agobio**